

por efimeras ofertas, desertaron de la causa de la patria para pasarse al extranjero, sin comprender que bajo los escombros de los trozos de la triple alianza, quedarían sepultadas las nacionalidades indígenas. Despues de la victoria, los desertores son el blanco del desprecio del conquistador.

Despues de haberse retirado el ejército de Cortés a Tlaxcala, se le siguió por el camino de la gran llanura, y se le dio alcance en el cerro de Coatlicue, donde se le dio batalla el día 15 de mayo de 1520. En esta batalla se dio un gran golpe a las tropas de Cortés, y se le obligó a retirarse a Tlaxcala.

Despues de haberse retirado el ejército de Cortés a Tlaxcala, se le siguió por el camino de la gran llanura, y se le dio alcance en el cerro de Coatlicue, donde se le dio batalla el día 15 de mayo de 1520. En esta batalla se dio un gran golpe a las tropas de Cortés, y se le obligó a retirarse a Tlaxcala.

Despues de haberse retirado el ejército de Cortés a Tlaxcala, se le siguió por el camino de la gran llanura, y se le dio alcance en el cerro de Coatlicue, donde se le dio batalla el día 15 de mayo de 1520. En esta batalla se dio un gran golpe a las tropas de Cortés, y se le obligó a retirarse a Tlaxcala.

Despues de haberse retirado el ejército de Cortés a Tlaxcala, se le siguió por el camino de la gran llanura, y se le dio alcance en el cerro de Coatlicue, donde se le dio batalla el día 15 de mayo de 1520. En esta batalla se dio un gran golpe a las tropas de Cortés, y se le obligó a retirarse a Tlaxcala.

Despues de haberse retirado el ejército de Cortés a Tlaxcala, se le siguió por el camino de la gran llanura, y se le dio alcance en el cerro de Coatlicue, donde se le dio batalla el día 15 de mayo de 1520. En esta batalla se dio un gran golpe a las tropas de Cortés, y se le obligó a retirarse a Tlaxcala.

CAPITULO XII.

Despues de haberse retirado el ejército de Cortés a Tlaxcala, se le siguió por el camino de la gran llanura, y se le dio alcance en el cerro de Coatlicue, donde se le dio batalla el día 15 de mayo de 1520. En esta batalla se dio un gran golpe a las tropas de Cortés, y se le obligó a retirarse a Tlaxcala.

CUITLAHUAC.—COANACOCHTZIN.

Trabajos en la ciudad.—Eleccion de Cuiclahuac.—Coanacohtzin rey de Texcoco y Teotepanquetzaltzin de Tlacopan.—Embajadores a las provincias.—Embajada a Tlaxcala.—Las viruelas.—Desasosiego en el campo español.—Invasion en la provincia de Tepeyacac.—Acatzinco.—Fundacion de Segura de la Frontera.—El hierro para marcar los esclavos.—Refuerzos.—Segunda expedicion de Garay a Pánuco.—Quecholac y Tecamachalco.—Toma de Cuauhquechollan.—Ocutusco.—Itzocan.—Sumision de algunos pueblos distantes.—Carta de relacion del 30 de Octubre.—Señorio en el país conquistado.—Reparticion de los esclavos.—D. Hernando manda recoger el oro de los soldados.—Muerte de Cuiclahuac.

II tepcatl 1520. Cuiclahuac, en virtud de su origen real y de tener en el ejército el cargo de Tlacochoalctli, habia sido reconocido como jefe supremo desde el momento en que salido del cuartel se puso al frente del movimiento contra los blancos; este mismo carácter conservó por algunos dias, hasta ser reconocido de-

finitivamente emperador de México. (1) Las dificultades no habían terminado con la expulsión de los extranjeros fuera de la capital y la prisión de los encastillados en el cuartel; los restos de los blancos se habían refugiado en Tlaxcalla, de donde podrían volver con más pujanza. Por otra parte, la conducta del malaventurado Motecuhzoma influyó poderosamente en desorganizar la monarquía, quitándole sus elementos físicos y morales. Quedaba la ciudad en buena porción destruida; muertos los tres reyes de la triple alianza; casi por entero desaparecidos los principales sacerdotes, nobles y guerreros; mermada la población; rotos los lazos de unión entre las provincias y el centro; perdido el brillo de las armas antes victoriosas de los mexicanos. Tarea gigantesca ponía sus hombros Cuitlahuac, al pretender reorganizar el imperio, apuntalando las vacilantes monarquías del Valle.

Después de perdida la batalla de Otompa, se suscitó en México la guerra intestina. Los enemigos de los blancos, quisieron proceder contra quienes habían tomado la amistad de los extranjeros, ó les habían ayudado, ya con víveres, ya con otros servicios; como aquellos malos patricios eran numerosos tomaron las armas para defenderse, viniendo ambos partidos á las manos. Por fortuna los malos fueron vencidos, muriendo algunos señores de cuenta, entre ellos Cihuacohuatl, Tzihuacpopocatzin, Cipocatli y Tencuecuenotzin, hijos de Motecuhzoma los unos, de Axayacatl los otros. (2)

(1) Acerca del reinado de este monarca encontramos los siguientes datos.—Los Anales Tepaneca N. 6, en la Colec. Ramírez, MS. dicen: “En el mes Miccailhuitl subió al trono el caballero Cuitlahuatzin, hijo de Axayatzin, y después de haber gobernado ochenta días murió de ampollas, *totomoniliztli* viruelas.”—Esta cuenta está hecha al estilo tlaxcalteca, en el cual se daba el nombre de Miccailhuitl al mes Tlaxochimaco (Torquemada, lib. X, cap. XXXIV), y nos parece errónea.—Seguimos, por parecernos más autorizado el texto mexicano de la pintura Aubia, en la cual encontramos:—“En la fiesta pequeña de los caballeros, ó mes Tecuilhuitonli murió Motecuhzoma.”—“Hecho esto (es decir, quemado el cadáver de Motecuhzoma), subió al trono Cuitlahuatzin y gobernó en los meses Hucitecuilhuitl, Tlaxochimaco, Xocothuetzi, Ochpaniztli, luego en Ezoztli; en Tepeilhuitl y en Quechollí murió.”—Adelante fija mejor: “El décimo rey, llamado Cuitlahuatzin subió al trono en el mes Ochpaniztli. Su gobierno duró solo ochenta días, pues el mes Quechollín se murió de viruelas.”—De aquí claramente se desprende, que Cuitlahuac gobernó como jefe desde la muerte de Motecuhzoma; pero que no fué alzado rey hasta el mes Ochpaniztli; murió en Quechollí y por eso se le cuentan ochenta días de reinado.

(2) Torquemada, lib. IV, cap. LXXIII, tomado de un MS. indio contemporáneo.

Púsose mano á reparar los desastres ocasionados por la guerra. Reconstruidos los arruinados teocalli, en los santuarios del templo mayor fueron de nuevo colocados los dioses nacionales, haciendo fiestas y sacrificios á Huitzilopochtli, así para darle gracias por las victorias alcanzadas, como para demandarle favor en el porvenir. Las calles, casas y calzadas quedaron renovadas; limpiaron los fosos, añadieron nuevas fortificaciones, retirando de las aguas los despojos de los vencidos para ser consagrados á las divinidades. (1) Terminadas estas obras, pensóse sin duda en la reconstrucción del orden social. Según la autoridad antes mencionada, confrontada con las fechas del calendario Juliano, Cuitlahuac salió del cuartel de los españoles y se puso al frente del movimiento nacional el 25 de Junio, día *nahui malinalli* del mes *Tecuilhuitonli*; gastó en allanar las dificultades que se le presentaron los meses Hueitecuilhuitl, Tlaxochimaco y Xocohuetzi, quedando ungido y reconocido emperador el mes Ochpaniztli, sin duda en el primer día, por ser la fiesta principal, que fué el *matlactiomei miquiztli*, que coincidió con el siete de Setiembre. La coronación tuvo lugar con las fiestas acostumbradas, sirviendo de víctimas los prisioneros castellanos y los aliados presos en las facciones anteriores. (2) Siguióse la elección de los cuatro grandes dignatarios, la de los caudillos y generales, terminando con nuevas gracias y fiestas á los dioses. (3)

Aparece por los sucesos posteriores haber sido elevado Cuauhtemoc á la categoría de sumo sacerdote. Para ocupar la vacante del trono tepanecatli fué electo Tettlepanquetzaltzin. Respecto de Texcoco, muerto Cacamatzin, y no reconocido Cuicuitzcatzin aunque todavía vivo, se procedió á nueva elección. Yoyontzin, hijo legítimo de Nezahualpilli, era todavía muy niño, por lo cual fué puesto en su lugar Coanacochtzin. Fiestas suntuosas tuvieron lugar en las capitales de la triple alianza, con sacrificio de prisioneros castellanos: (4) de aquella vez los dioses quedaron hartos de la sangre extranjera.

(1) Torquemada, lib. IV, cap. LXXIV.—Sahagun, lib. XII, cap. XXIX.

(2) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 90. MS.

(3) Según Suarez de Peralta, Noticias de la N. E. pág. 126, los cráneos de las víctimas fueron colocados en el Tzompantli, “y decían, que porque los caballos temiesen de ver allí las cabezas de los otros caballos, y ponían una de un cristiano y luego otra de un caballo.”

(4) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 90. MS.

Fuera de las disposiciones necesarias para proseguir la guerra, los reyes de la triple alianza resolvieron mandar embajadores á los diversos pueblos, pidiéndoles socorro; los enviados debían representar las tiranías y crueldades de los invasores, la usurpacion que del poder habían hecho, el peligro comun para todos de perder sus haciendas y nacionalidad; para darles alientos, les prometían cuantas franquicias quisiesen, y aún devolverles las tierras y los lugares que les habían quitado. (1) La medida era acertada y política, más tal vez tardía; así las tribus no respondieron cual era su deber al llamamiento nacional. Las provincias distantes y de diversa lengua veían con gusto amenazados á sus amos, esperando con ansia los destruyeran á fin de recobrar ellas su libertad; los pueblos cercanos y de la misma filiacion etnográfica, abrigando tambien los mismos sentimientos de separacion y de odio, miraban con tibieza la guerra, cual si nada les importara: todos desertaban del estandarte méxica, sin calcular en su ceguera, que todos se preparaban su propia destruccion. La triple alianza encontró por entónces promesas dudosas, repulsas y desaires más ó menos solapados.

Una solemne embajada de seis principales nobles marchó á Tlaxcalla, llevando rico presente de algodón, sal y plumajes. Avisado su arribo y recibidos segun la costumbre, fueron conducidos á presencia de la señoría: el más anciano de los méxica presentó los dones y tomando la palabra expuso su mision. Ambos pueblos, dijo: tenían el mismo origen, la misma lengua, idénticas costumbres, dioses comunes; sus intereses estaban mancomunados. Hasta entónces habían vivido segregados por guerras religiosas continuas, lo cual había traído una profunda y cruel enemistad; tiempo era de volver á la paz primitiva, tratándose en adelante como hermanos. Esta necesidad urgente dimanaba de la presencia de los hombres blancos y barbudos. Aquella gente extraña invadía el país, cometía grandes excesos, se apoderaba de la riqueza de los moradores, tenía codicia de los señoríos y convertía en vasallos á los reyes, violaba los templos, despreciaba á los dioses; la religion y la libertad peligraban con ellos y fuerza era destruirlos para salvarse del peligro. Teníanlos los tlaxcalteca como amigos y aliados; pero debían reflexionar, que recibidos en Tenochitlan con la más franca y cordial amis-

(1) Ixtlilxochitl, loco. cit.

tad, pagaron con robar los tesoros, matar al monarca, destruir la ciudad; cosa igual pasaría á Tlaxcalla luego que los pérfidos huéspedes se vieran poderosos. Los tres reyes aliados proponían, pues, á la señoría, perpetua y firme alianza, olvido de los pasados agravios, goces y derechos comunes, á condicion de destruir ó expulsar á los blancos del territorio de la señoría y proseguir unidos haciendo la guerra. Los embajadores esforzaron cuanto más pudieron sus razones, conjurando á los tlaxcalteca á nombre de los dioses y de la patria, abandonar la causa de los invasores, ya que caso contrario serían al fin blanco de la ira de las divinidades y del estrago de los mismos blancos. El consejo de la señoría, para deliberar, hizo salir fuera de la sala á los enviados.

Dias atras, Xicotencatl el mozo, á quien Muñoz Camargo da el sobrenombre de Axayacatzin, para distinguirlo de su anciano padre ciego, había intentado levantar el espíritu de los guerreros de su pueblo contra los extranjeros, aprovechando la ocasion de venir derrotados de México, para rematarlos; sabidos aquellos manejos por la señoría, recibió el jóven una agria reprimenda, faltando poco para que le redujesen á prision. Xicotencatl Axayacatzin asistía á la conferencia como general de la cabecera de su padre, y oidas las proposiciones de los méxica, se decidió por ellas. En los tiempos antiguos, dijo, la republica fué amiga de los culhua; juntos hicieron la guerra contra el tirano rey de Azcapotzalco; y sus armas ayudaron á poner en el trono de Texcoco á Nezahualcoyotl, recibiendo en recompensa, parte de los despojos de los pueblos sometidos. Por causa de los dioses, se instituyó despues la guerra sagrada, origen del odio enconado que ahora dividía á entrambos pueblos. Aceptando la alianza de los reyes del Valle, se volvería al concierto primero, logrando deshacerse de unos extranjeros sospechosos, cuyas promesas falsas eran ya bien conocidas.

El consejo se dividió en contrarias opiniones. La causa de la patria habría triunfado á no tomar la palabra Maxixcatzin, acérrimo partidario de los blancos: recordó la fé jurada, las obligaciones á que liga la amistad pactada, la deshonra de quebrar la palabra cuando los huéspedes estaban en la desgracia. Los culhua eran pérfidos y traidores; ahora hacían grandes promesas á fin de separarlos de sus amigos los teules en cuya compañía eran fuertes; más luego que los vieran débiles, romperían las estipulaciones y los combati-

rían hasta arruinarlos. Nuestros antepasados profetizaron que de Oriente vendrían hombres blancos y barbados; ya están entre nosotros: con su auxilio nos hemos hecho poderosos y respetados; abundan en nuestro territorio los despojos de nuestros contrarios; podemos ensanchar nuestros límites; entrar á la parte de la conquista con nuestros aliados; no habemos menester de los culhua para enriquecernos y acrecentar nuestro poderío, y por el contrario, ambas cosas han de ser á sus expensas. Así, pues, infame y contrario á los intereses de la república, es aceptar las proposiciones de los méxica.

Replicó Xicotencatl Axayacatzin con viveza; insistió acaloradamente su adversario; la discusión tomó la forma de disputa y altercado, y olvidando Maxixcatzin el decoro debido á la asamblea, dió un empujón al jóven general, haciéndole rodar las gradas del estrado abajo. Aquella fea acción del senador más influente y caracterizado, impuso á los miembros del consejo; abandonado Xicotencatl de sus partidarios, vió con despecho fueran desconocidas sus miras patrióticas y previsoras. Sólo había quedado en el campo de batalla; sólo quedó igualmente en las deliberaciones del senado. Interpuestos los señores de las otras cabeceras, hicieron reconciliar á los dos antagonistas, resolviéndose en seguida desechar las proposiciones de los culhua. Los embajadores méxica salieron secretamente de Tlaxcalla para evitar una violencia. Aunque las conferencias tuvieron el carácter de secretas, no lo fueron tanto que dejaran de llegar á oídos de D. Hernando; no siendo tiempo oportuno de castigar al temerario jóven, el general se contentó con visitar á Maxixcatzin, á quien dió las gracias por su comportamiento, "ofreciéndole, que procuraría de sacarle verdadero, en cuanto por él había prometido á la república." (1) Tal fué el resultado de aquellas negociaciones. El distante rey de Michhuacan, prometió socorro, mas no cumplió nunca la oferta.

Los patrióticos esfuerzos de Cuitlahuac se estrellaban contra las malas pasiones; la naturaleza combatía contra él, pues penetraban

(1) Herrera, déc. II, lib. X, cap. XIV.—Sahagun, lib. XII, cap. XXIX.—Muñoz Camargo. MS.—Ixtilxochitl, Hist. Chichim. cap. 90 MS.—Bernal Díaz, cap. CXXIX.—Torquemada, lib. IV, cap. LXXV.—Aunque los pormenores cambian, seguimos la relación que nos parece más caracterizada.

en el territorio del imperio y dentro de la misma capital, la peste con su inseparable compañera, el hambre. Segun hemos ido indicando, el tremendo azote de las viruelas hirió primero en Yucatan: los indígenas de aquella península fingieron que las maléficas divinidades de la enfermedad, eran los tres niños Ekpetz, Uzankak y Sojalkak, quienes durante la noche llevaban el contagio de uno á otro lugar. En Anáhuac, prendido el mal en Cempoalla, de ahí cundió pavorosamente para el interior del país. En el Valle comenzó por la provincia de Chalco: "En este interin, les sucedió á los indios gran pestilencia, que parece que todo lo proveyó Dios, como es de creer, y fueron viruelas, que ninguno escapaba á quien daba, y esta empezó por el mes de Setiembre y duró setenta días, sin calmar ninguno: que fué mucha ayuda para los españoles, porque con la enfermedad y mortandad, que fué muchísima, no podían pelear." (1) Uno de los panegiristas de Cortés, el historiador Gomara, escribe: "Parésceme que pagaron aquí las bubas que pegaron á los nuestros, segun en otro capítulo tengo dicho." (2) La aseveración es muy controvertible, si no completamente falsa: no se descubría el Nuevo Mundo, y ya era conocido de los soldados y gente disipada el mal gálico ó francés.

Bregando Cuitlahuac contra los estragos de la pestilencia, los horrores del hambre, el desaliento de los aliados y la insubordinación de las provincias, ponía calor en activar lo necesario para la guerra. Reunidos los contingentes de la triple alianza, municionados suficientemente, armados de largas lanzas destinadas á contrarrestar el empuje de la caballería, quedaron colocados hacia las fronteras de Tlaxcalla, á fin de combatir á los blancos luego que saliesen de su abrigo. (3)

Tomemos ahora á los castellanos. El primer cuidado de D. Hernando fué saber de la guarnición de la Villa Rica; al efecto, despachó á Gonzalo de Sandoval con Alonso Ortiz de Zúñiga, los cuales conducidos por guías tlaxcalteca, siguiendo caminos extraviados por temor de ser sorprendidos, llegaron felizmente á su destino. Eran portadores de una carta para el comandante, en la cual se le

(1) Suarez de Peralta, Noticias de N. E., cap. XVII.

(2) Gomara Crón. pág. 363.

(3) Cartas de Relac. pág. 166.

pedían informes de la manera con que se habían portado los indios, se le mandaba tuviese á buen recaudo á Narvaez y á Salvatierra, pidiendo además remitiera armas, pólvora y los hombres en estado de servicio, sacados de las naves surtas en el puerto. La respuesta fué satisfactoria; los indios habían permanecido fieles, no obstante ser ya conocida la guerra de México; siendo portador de la nueva el cacique de Cempoalla. Respecto de refuerzos sólo llegaron á Tlaxcalla siete hombres, teniendo por capitán á Lencero, "cuya fué la venta que agora llaman de Lencero," los cinco, llenos de bubas y los otros dos hinchados y con grandes barrigas. (1)

Descansada la hueste, curados los heridos, restablecido Cortés de una herida de pedrada en la cabeza, pensó el general en ponerse en campaña hacia principios de Agosto. Obligábanle á ello fuertes razones. Los señores principales estaban bien hallados con los huéspedes; no así la gente menuda, obligada á soportar la carga y sufrir las vejaciones en sus familias y haciendas. Ojeda estaba encargado de recoger por los pueblos los víveres diarios, oía por muchas partes murmuraciones violentas, y no era extraño le dijese: "¿A qué venistes, á comernos nuestra hacienda? anda que volvisteis destrozados de México, echados como viles mujeres." (2) Ahora más que nunca era sensible la division entre partidarios de Cortés y de Narvaez. Estos últimos, que habían sacado la peor parte en la calzada y fueron privados de su oro al volver á Tlaxcalla, estaban quejosos del general, deseando abandonar una bandera, bajo la cual no sacaban provechos y sólo llevaban riesgo de perder la vida: muchos tenían en Cuba haciendas, empleos, comodidades, y estos principalmente ansiaban apartarse de los peligros de la guerra para tornar á su bienestar y reposo. Dar ocupacion á los descontentos, salir á pesar sobre país enemigo, proporcionar despojos á propios y á aliados, determinaron al general á publicar la invasion de la provincia de Tepeyacac (Tepeaca, en el Estado de Puebla), frontera de Tlaxcalla y de Cholollan, así por haber sido allí muertos algunos castellanos, como para destruir las guarniciones mexica puestas por Cuiclahuac.

(1) Bernal Díaz, cap. CXXIX.—Cartas de Relac. pág. 151.—Informe del cabildo de Tlaxcalla, pág. 92.

(2) Herrera, déc. II, lib. X, cap. XIV.

Sabida la orden, los de Narvaez representaron porfiadamente y con apariencia de justicia, ser pocas las fuerzas del ejército contra el número infinito de enemigos; mirándolos débiles como estaban, los tlaxcalteca podían abandonarlos y confederarse con los mexica; los contrarios podían tomar los pasos peligrosos de los caminos, dejando imposible la retirada cuando quisieran efectuarla: lo más acertado parecía, en lugar de emprender una campaña en el corazón del país, retirarse á la Villa Rica, esperar socorros de las islas ó proporcionárselos por medio de las naves surtas en el puerto, y tomar la ofensiva cuando estuvieran acopiados los materiales suficientes. Contestaba á todos D. Hernando con suaves y buenas razones; pero manteniéndose firme en su propósito. Visto por los descontentos no aprovechar nada sus indicaciones, hicieron un requerimiento en forma por ante escribano, "para que luego se fuese á la Villa Rica, poniéndole por delante que no tentamos caballos ni escopetas, ni ballestas, ni pólvora, ni hilo para hacer cuerdas, ni almalcen; que estábamos heridos, y que no habían quedado por todos nuestros soldados y los de Narvaez sino cuatrocientos y cuarenta soldados." (1) Al frente de los quejosos se veía á Andrés de Dueño, el interesado en los provechos de la conquista y eficaz cooperador contra Narvaez, desalentado, ya por tener que alcanzar su ganancia con la punta de la espada, ya aburrido de las promesas nunca cumplidas de su sócio.

D. Hernando se mantuvo inflexible. Díjoles que á los osados ayuda la fortuna, y Dios no permitiría fueran vencidos, dejando sin concluir la santa obra comenzada; que por ninguna manera bajaría á la costa, estando dispuesto á arrostrar todo linaje de contratiempos: "que yo no había de desamparar esta tierra, porque en ello me parecía, que demas de ser vergonzoso á mi persona y á todos muy peligroso, á V. M. hacíamos muy gran traicion. E que me determinaba de por todas las partes que pudiese, volver sobre los enemigos y ofenderlos por cuantas vías á mí fuese posible." (2) A esta firme determinacion se unieron los antiguos veteranos de la hueste, representando al general no diera licencia á ninguno para abandonar las banderas, pues cosa vergonzosa era apartarse de su

(1) Bernal Díaz, cap. CXXIX.

(2) Cartas de Relac, pág. 152.